



Cuba: la revolución que se inventa en el andar

Ana Esther Ceceña

Cuba, por su forma y posición geográfica, es la puerta del Caribe que da entrada al Continente americano. Así lo fue durante los años de la colonia, convirtiéndose en paso obligado para incursionar en las ricas tierras de la Abya Yala, que pronto se llamarían América. Así lo fue en los años de expansión capitalista de fines del siglo XIX, razón por la que Estados Unidos, ya bajo el espíritu monroeano (que data de 1823), le impuso la presencia de una base naval en Guantánamo desde 1901.

La primera base militar de Estados Unidos en el extranjero se instaló desde entonces en Cuba. En 1934 se fija su extensión en 28,817 acres (116.618 Km²) y a la fecha es la más grande del Continente -sin contar las que se encuentran en territorio estadounidense- y la más moderna en cuanto a sistemas de reclusión e interrogación de prisioneros a quienes se les arrebató toda identidad jurídica para despojarlos de cualquier tipo de derechos.

A lo largo de todo ese tiempo la insurgencia en el Continente americano, incluida la de Cuba, fue constante y variada. Desde las revueltas de los esclavos en la Española hasta las recientes sublevaciones indígenas, los procesos re-constituyentes, las campañas contra las transnacionales y contra los megaproyectos imperiales. La doctrina Monroe llamaba a impedir intromisiones externas en el continente y la racionalidad de una hegemonía en plena expansión llamaba a impedir sublevaciones internas.

Por eso en 1947, justo después de la Segunda guerra mundial, el Congreso de Estados Unidos emite el *National Security Act of 1947* (Acta de Seguridad Nacional de 1947), por medio de la cual el Departamento de Defensa es ungido como entidad suprema unitaria de política militar y se

crea la *Central Intelligence Agency* (CIA) para hacer frente a una guerra disfrazada en que los principales ejecutores eran espías u oficiales de inteligencia.

En el plano internacional la existencia del llamado bloque socialista era el elemento visible que justificaba una reorganización completa del Estado norteamericano bajo los criterios de la seguridad nacional, pero evidentemente el primer espacio a resguardar del influjo del comunismo era su propio continente. Ya la Revolución mexicana, en su versión zapatista, acogía el espíritu del socialismo, y en todos los países, ávidos de justicia y libertad, cansados del saqueo imperialista, se organizaban colectivos insurgentes de diferentes maneras y estilos pero Cuba irrumpió en el escenario con su revolución socialista. A Estados Unidos le preocupaba un acercamiento de lo que llamaba la amenaza comunista y Cuba, esa isleta pequeña ubicada a tan sólo 145 kilómetros de sus costas, era la inminencia de un peligro real y cercano, dentro de lo que se entendía en un sentido amplio, *monroeano*, como su propio territorio.

Cuba con su revolución, que es también nuestra, era la mejor imagen de una nueva búsqueda descolonizadora. En un contexto profundamente oscuro delimitado por la guerra fría, Cuba osó emprender un camino propio hacia la construcción de una sociedad "sin explotación" y "sin clases". Inventándose en el andar no copiaba las experiencias socialistas conocidas, pero ya tampoco se sometía a las falsas mieles del capitalismo. Creó lo que algunos llamamos un socialismo tropical, irreverente e insumiso.

Respondiendo a este desafío tan cercano, Estados Unidos diseñó rápidamente una política continental que se anunciaba como una "Alianza para el Progreso". Un plan de diez años en principio, destinado a los que llamaba "gobiernos libres" del continente –entre los que evidentemente no estaba el de Cuba-, que trabajaría por "eliminar la tiranía en el hemisferio". El 13 de marzo de 1961 el Presidente Kennedy, en una comunicación histórica al Congreso de su país y a los miembros del cuerpo diplomático de los de América Latina, decía: "proponemos completar la revolución de las Américas" ofreciendo apoyo a los gobiernos del área para mejorar las condiciones de vida de la población y controlar cualquier intento por

reproducir la experiencia cubana en sus países, que no era revolucionaria desarrollista sino totalitaria comunista, desde su perspectiva.

La Alianza marcó un hito en las relaciones continentales. Se enfocaba en la educación ofreciendo que los recién creados "Cuerpos de Paz" –hoy tan activos-, formados por voluntarios entrenados militarmente que en muchas ocasiones eran ya reservistas o veteranos del ejército estadounidense, apoyaran con el entrenamiento en programas técnicos o, aún más, asesoraran a universidades e institutos de investigación de América Latina. Esto pone en evidencia la concepción contrainsurgente que tiene el plan, cuestión que se refuerza al revisar el destino de los suministros canalizados a través de la tristemente célebre USAID, agencia creada *ex profeso* para garantizar materialmente la Alianza y que continúa apoyando la desestabilización de gobiernos legítimos pero rebeldes como el boliviano y el ecuatoriano, y preparando golpes de estado. Como es sabido, los mayores financiamientos de la USAID han estado asociados a los golpes militares y las dictaduras de los países de Nuestra América, la Abya Yala.

El triunfo de los vietnamitas refuerza el control y la seguridad interna del Continente americano, mediante el acrecentamiento del despliegue militar, policiaco y de inteligencia previsto en la ALPRO, y mediante la ampliación de las relaciones económicas.

Así, América del Sur, escenario de luchas guerrilleras y de insurrecciones populares a lo largo de los años 1960-1980, es la principal área de atracción de los recursos de USAID en ese periodo para impedir repetir una historia como las de Cuba y de Vietnam. Brasil es el país más favorecido en asistencia militar con un monto de 1,062 millones de dólares entre 1961 y 1968, y porcentajes arriba del 33 % entre 1964, año del golpe militar que pone en el poder a Castelo Branco, y 1968, año en que la dictadura de Costa e Silva emite la terrible Acta Institucional n° 5, mediante la cual se suspenden derechos políticos y garantías individuales y queda abierta la libertad presidencial para decretar estado de sitio sin previa aprobación de un Congreso que, por lo demás, era simultáneamente disuelto. La vigencia del Acta Institucional n° 5 se mantiene hasta 1978, acompañada por el apoyo financiero de la USAID que entre 1974 y 1976 otorga otros 477

millones adicionales en ayuda militar. A esto hay que agregar un financiamiento de 10,354.6 millones entre 1961 y 1974, para apuntalar un modelo económico, impuesto por las dictaduras, permisivo con las inversiones estadounidenses.

Estados Unidos tenía conciencia de que había que aislar a Cuba, porque la Revolución cubana era latinoamericana. Era necesario separar a Latinoamérica de Cuba para poder vencer en los dos frentes. El bloqueo asfixiante para la isla se acompañó de enormes recursos para la contrainsurgencia en el resto del continente. El ciclo revolucionario latinoamericano es seguido por un ciclo represivo desproporcionado que impone presidentes, que sostiene dictaduras militares (y algunas civiles) y que termina por derrotar temporalmente a las fuerzas libertarias en los años setenta. Todo ello usando los recursos de la USAID y las habilidades de la CIA, cuya más acabada expresión es el Plan Cóndor. Este Plan, que inauguró un nuevo sistema de inteligencia multinacional basado en la tortura y la desaparición forzada, completamente inescrupuloso y violador de los derechos humanos y las garantías individuales, que avasalló a los pueblos del Sur, fue un plan ejemplar para disuadir cualquier intento democrático en el continente y para evitar el apoyo de los pueblos latinoamericanos a Cuba.

Hoy, en pleno despliegue del capitalismo militarizado, los últimos estertores del gobierno Bush-Rice intentaron justificar una invasión a la isla que, si no ocurrió de la manera brutal como se proponía, buscará caminos menos bruscos, que pueden llegar a ser mucho más riesgosos.

Cuba sigue siendo una pieza clave del rompecabezas geopolítico continental. Su cercanía con los nuevos procesos en Venezuela, Bolivia, e incluso Ecuador, la señala como una amenaza en los términos de Washington. Cuba es la constancia moral de la inmoralidad del poder norteamericano. Un país sin desaparecidos ni torturados, sin analfabetas, con un pueblo sano y combativo es un recordatorio permanente de que se puede vivir de otra manera.

Para quienes visitamos la isla en los primeros tiempos del proceso revolucionario es imborrable la emoción de entrar a un mundo que se anunciaba como: "Cuba, primer territorio libre de América". Hoy, 50 años después, sigue siendo ese territorio libre y soberano, que se mantiene porque está en permanente transformación.

Por lo mismo, Cuba no deja de estar en riesgo. Pero, como ella misma nos ha enseñado, la manera de parar las amenazas externas es construyendo revolución. Fortaleciendo los procesos democráticos internamente y confiando en la fuerza de un pueblo que ha dado sobradas demostraciones de su consecuencia.

Haberse sostenido en las condiciones impuestas por un bloqueo criminal indica que es la revolución del pueblo, de un pueblo heroico y valiente, de un pueblo pensante y combativo, comprometido con su proceso.

La Revolución que hoy cumple 50 años no ha envejecido. Es una revolución joven con desafíos e incertidumbres y con fuerza para hacerles frente. La revolución cubana, como todas las revoluciones es un proceso. Un proceso en el que lo único no permitido es parar. Un proceso de vida y de alegría que se revoluciona a sí mismo. Un proceso cuyo protagonista es el pueblo, que en ocasiones aparece bajo la forma del partido, en otras bajo la del estado, pero que, en definitiva, puede también romper las formas transitorias que ha creado para dar lugar a otras, superiores.

De la revolución cubana y con la revolución cubana todavía tendremos muchas aportaciones para la construcción de un mundo de libertad, alegría y justicia como todos lo queremos. De ese pueblo y con ese pueblo construiremos nuestras utopías.

Viva Cuba libre!